

El país indígena
La infiltración cosmopolita

Sección Segunda

EN LOS VALLES ANDINOS

POR RAÚL MONTERO
BUSTAMANTE

ESPECIAL PARA LA PRENSA



UNA ciudad aparece de pronto en el marco de la ventanilla al salir el tren de la estrecha y áspera quebrada y descender al valle sonriente y feraz. Torrecillas, minaretes, rojas techumbres de teja francesa, mansardas grises de pizarra, pérgolas aéreas, áticos policromados, jardines y parques que recuerdan los trazados de Le-Nôtre, motivos de arquitectura enfáticos, o simplemente pintorescos, nos advierten que llegamos a una ciudad moderna donde el gusto europeo y americano del Norte ha aventado la tradición indígena.

Las grandes masas constructivas ceñidas y graves; las grises fachadas conventuales tocadas por el espíritu escurialense; las nobles fábricas de piedra de las iglesias barrocas; los adobes enjalbegados de cal; la parda teja de canalón; los balcones volados y cubiertos por anchas solanas; las primorosas rejas de hierro forjado; los amplios y generosos portales de trazo señorial en que se advierte un vago sabor plateresco; todo eso que se saborea intensamente en Santiago ha sido sustituido ahora por suntuosas construcciones modernas cuya rigidez denuncia la estructura de cemento armado, y cuya impersonalidad hace que la mirada se aparte de ellas con desgano. Se trae además en la retina la visión de los villorrios que han quedado detrás, en la montaña, envueltos en ese polvo a veces gris, a veces ocre, que aquí todo lo afelpa, y que constantemente enturbia la gama del paisaje serrano: Quillota, con su iglesia de torres bermejas; sus huertas y plantíos de chirimoyas y tunas defendidos por tapias de adobe crudo coronados con albardillas de musgosa teja; sus calles tristes y silenciosas; sus casonas melancólicamente alineadas mostrando sus pobres fachadas que parecen recatarse debajo de los salientes aleros para ocultar sus cornisas, jambas y dinteles de madera pintada; Llay Llay, tendida en el centro del valle, con sus tendejones abiertos sobre polvorosas callejas, y sus vendedores de frutas, alfajores, "tortillas" y pasteles, que con sus blancas túnicas y sombreros evocan el recuerdo de los mercados levantinos. Y tierra adentro todavía, más en el corazón de la montaña, San Felipe y Santa Rosa de los Andes, recostados en el flanco de la cordillera, intactos en su estructura colonial, pasaje obligado de arrieros que vienen de Uspallata y las Achupallas; de mineros que llegan de Putaendo; de pastores que suben de los "fundos" del valle, y en cuyas calles pavimentadas de pequeños cantos rodados se tropieza con la recua de mulas que marcha cadenciosamente, con el "roto" que observa con mirada oblicua y desconfiada, con el "guaso", pintoresco personaje, mezcla de "cowboy", de llanero y de gaucho.

*Cuando se alcanza
la ciudad de Chile
por la vía del ferrocarril
el camino que conduce
al puerto del Pacífico
antes de ver el océano,
una ciudad española
aparece a punto de salir
de las últimas montañas
del sistema de los Andes
y la cordillera de los Andes.*

*Reminiscencia
aquí*

2

Todo es hasta allí violentamente autóctono: la ciudad, la campiña, la montaña. El paisaje cordillerano, que todavía no se ha echado su manto de nieve, es hosco y terriblemente grandioso. El panorama está limitado por cerros de piedra, desnudos de vegetación, casi negros en la brumosa sombra de las quebradas; pardos y grises a la media luz crepuscular que reina en los valles profundos; policromos cuando los hiere el sol y muestran la desnudez de sus flancos, rugosos y heridos por profundas grietas y cavernas, o alisados y pulidos por los deslizamientos, los rodados y las aguas de los deshielos. Las montañas de primer término cuyas crestas se recortan sobre el azul transparente y profundo del cielo adquieren tonalidades verdosas, ocreas, violáceas, bermejas, carminosas; los cerros lejanos se azulan y envuelven en el ópalo de la niebla, y aquí y allá, en las rugosidades de la piedra, resplandecen y se irisan las neveras. Arriba, las cumbres heladas tienen algo de impasible, inmutable y eterno. De los cajones de la cordillera bajan los torrentes y riachos que, en las quebradas, se trasforman en ríos hirvientes y rumorosos cuyas aguas se precipitan entre rodados y riscos. El agua bulle parda, blanquecina, rojiza, y solamente se depura y espeja cuando queda inmóvil en el fondo pedregoso de algún cegado estero. La flora es hostil y agresiva: musgos éticos y líquenes grises y vellosos brotan en las grietas de las montañas y prosperan en las manchas de arenisca de las laderas; en las faldas, cactus gigantes se yerguen como candilabros erizados de sutiles dardos que se ocultan bajo la roja pelusa que los cubre; y, más abajo, se retuercen los espinos que recuerdan aquellos árboles que se quejan en el infierno dantesco. Sobre este grandioso paisaje pesa la soledad, la infinita soledad que desciende del cielo insondable, que envuelve las cumbres heladas, que se eleva de las sombrías gargantas; soledad sin aves, sin fieras, sin ruidos, porque ni el hervor del río que corre abajo llega a la altura donde hasta el viento suele ser silencioso.

En los hondos valles, la vega se ofrece rica y generosa. El río aplaca su violencia y se tiende perezoso entre los riscos, fatigado de despeñarse por la montaña. Las riberas se pueblan de pequeños bosquecillos y, aquí y allá, se ven primitivas esclusas, hechas con troncos de árboles y cantos rodados, que embalsan las aguas y las conducen por rústicos canales a las acequias y albercas de los "fundos", cuyas poblaciones se ocultan entre alamedas y frondosos bosques. Los trigales y los viñedos esmaltan la alfombra de verdura de tonos vivos y de notas profundas. En las quebradas, sobre las faldas de los cerros lejanos, grupos de esbeltos álamos que en el mes de abril adquieren color de oro viejo, ponen una nota grave y pensativa en el paisaje. A menudo aparecen pequeñas granjas y alquerías rodeadas de tapias albardilladas y setos de silvestre mora.

(3)

Si la naturaleza, y el paisaje, y hasta el color son aquí autóctonos, más lo es el hombre en estas regiones, incontaminado de sangre europea, virgen en su primitiva pu-

reza étnica, magro y cetrino, de ojos pequeños y entornados a los que parece asomarse la congoja de los antiguos cautivos de Tahuantinsuyu; raza que no gesticula, que no grita, que no ríe, que habla en voz baja, que se mueve pausadamente, con ritmo que recuerda el lento y cadencioso movimiento de ~~vaivén~~ que imprime al viajero la mula que marcha paso a paso por la cornisa de la montaña.

* * *

Todo hasta aquí era violentamente autóctono; pero Viña del Mar reserva al viajero la sorpresa de hallar en la montaña una ciudad exótica. Apenas abandonado el tren, traspuesto el pórtico de la estación, se tropieza con una graciosa plazuela arbolada donde pululan automóviles y carruajes y vendedores de golosinas y chucherías. A través de los gigantescos árboles que dan sombra a la plaza se advierten los botareles y la masa parda de una iglesita de estructura ojival; pero ¡ay! de cemento armado. Un camino encantador flanqueado de preciosas quintas y hoteles se tiende perezosamente a lo largo de la vía férrea hasta el confín del paisaje serrano. Allí, y en las callejas del alledaño, se ha refugiado el sentimiento tradicional que anima las viejas casas señoriales de tipo chileno.

brillantes

Frente a la estación, en un viejo portal, un anticuario ha establecido su tienda. De los muros cuelgan casullas, tapices historiadados, ponchos, lamas y alfombrillas araucanas y chilotas. Sobre las tracerías policromas ~~cuelgan~~ joyas indígenas: diademas, collares y pendientes de plata batida. Más allá hay un grupo de cuadros borrosos y ahumados: mártires ensangrentados, cabezas de apóstoles y patriarcas; y entre ellos, parecen sonreír las vírgenes quiteñas con su color suave y dulce y su ingenua y mística expresión. Sobre arcones y mesas de arquitectura bizarra se despliega todo un museo de imaginería barroca, preciosamente estofada, y en la que se adivinan los rasgos de esa fina escuela de decadencia que presidió Salcillo y Alcaraz y que tuvo representantes insignes en el Pacífico. En los escaparates, la alfarería araucana e incásica se confunde con joyas churriguerescas y platería de Lima, Potosí y México, conjunto heteróclito de orfebrería semibárbara que, por asociación, trae el recuerdo de las profusas ornamentaciones de los himafrentes de las iglesias de Perú y de Bolivia.

Saturado del perfume indígena y tradicional avivado por el ambiente del típico hotel en que me hospedo, recorro la ciudad y confirmo la impresión recibida desde el tren. Me hallo en una hermosa ciudad moderna, atravesada por bulevares y avenidas y poblada de hermosas plazas y parques arbolados. Suntuosos edificios públicos y privados salpican la densa edificación moderna, incolora y sin carácter. La periferia está construída dentro del tipo de los barrios aristocráticos de Montevideo, de Buenos Aires y de Río de Janeiro.

Me han dicho que Viña del Mar es una ciudad balnearia; pero, ¿dónde está el océano Pacífico que he venido a buscar desde las playas del Atlántico? Recorro el horizonte urbano y solamente veo las masas de los cerros proyectadas sobre el cielo levemente opalino.

—¿Dónde está el mar? — pregunto al auriga.

—Pues, "ayá" — me contesta quedamente, señalando con la fusta hacia un punto incierto.

—Entonces, vamos allá.

—"Al tiro".

(V)

Y el auriga indígena, en quien advierto el mismo sello de resignada tristeza que vengo observando desde las regiones puntanas, lanza un débil silbido. El coche echa a rodar por una polvorosa avenida que atraviesa el ensanche de la ciudad, en cuyo fondo la falda de un cerro cierra el paisaje. La avenida da un brusco rodeo y, de pronto, como si los cerros que interceptan el panorama se apartaran por arte de magia, se abre el horizonte y aparece el océano Pacífico, profundamente verde y maravillosamente sereno.

La avenida desciende en suave declive, paralela a la costa, entre la cornisa de piedra y la breve cintura de purísima arena. Esta es la playa de Miramar, donde se baña la aristocracia chilena. El cuadro es maravilloso; la serena curva del horizonte separa la inmensidad azul cobalto del cielo de la inmensidad del mar teñido de un verde esmeralda, denso en la masa, transparente en la superficie de las ondas que rompen rítmicamente en el arrecife y salpican de inmaculada espuma el ocre de la arena. Pardos peñascos interrumpen la playa y avanzan en las aguas formando pequeños y graciosos promontorios. Los cerros limitan el panorama a ambos lados, grises en las bases,

radiantes en la cumbre, bermejos cuando el sol rasante hiere sus flancos, salpicadas las faldas de suaves irisaciones y de tonalidades borrosas, como si sobre el color se hubiese pasado un esfumino.

Detrás de la playa, la escarpada barranca avanza sobre el mar, coronada de palacetes y "villas" que parecen asomarse a la graciosa cornisa de piedra, para mirarse en las aguas. La playa está interrumpida por un negro escollo sobre el cual se levanta un restaurante de gusto tudesco en cuya terraza una pequeña orquesta típica toca un cálido "fox-trot". En la orilla los bañistas, cogidos a las cuerdas de defensa, se entregan al azote de las rompientes y se envuelven en nubes de espuma. El "fox-trot" de la orquesta resulta un ruido lamentable al lado de la voz solemne del mar.

El restaurante tudesco y las "villas" de la cornisa nuevamente vuelven a avivar la impresión exótica que ~~me da~~ la ciudad. Estos presuntuosos castillejos de importación, estas grises torrecillas y estas terrazas de madera, nada tienen de chileno.

Echamos a andar avenida arriba, y de nuevo nos internamos en el misterioso camino, lleno, a esta hora del mediodía, de fresca sombra. La tienda del anticuario ha sido asaltada por una turba de turistas norteamericanos que todo lo examinan; la plazuela sigue llena de aurigas y automóviles. El hotel, con sus graciosas solanas y sus silenciosos patios rodeados de soportales, me vuelve al mundo colonial, que aun existe en los pueblos del Pacífico, y que para nosotros, hombres de la zona atlántica desnaturalizada por el cosmopolitismo, tiene un delicioso sabor castizo.